

os formó en mi seno. Guardáos de mostrar ningún miedo al ver un suplicio que no es mas que un tránsito á la felicidad suprema y eterna. Andad á acompañar á vuestro padre á la corte celestial; y cuando esteis allí no os olvidéis de una madre que no cesará de llorar hasta que esté con vosotros." Los abrazó al proferir estas últimas palabras, y se retiró para entregarse toda al sentimiento que la causaba el no morir con ellos.

Al instante pusieron á los dos niños en una litera, con su abuela, y los llevaron al lugar del suplicio, acompañados de un gentío innumerable que llenaba las calles y plazas. Al salir de la litera vieron los niños un soldado que desenvainaba su cimitarra, corrieron apresurados á arrodillarse delante de él, juntaron las manos, y pronunciando en alta voz los nombres de Jesus y María, esperaron tranquilos el golpe mortal. Empezó el verdugo por el mayor, cuya cabeza, despues de muchos saltos, fue á pararse cerca del segundo. Lejos de asustarse este héroe prematuro, mostró mucha mayor alegría, y se puso á orar con un fervor enteramente angelical. Sintiéndose enternecido el verdugo, temió que le faltase el ánimo, y se apresuró á inmolar esta otra víctima. Llegó por fin á Marta, madre y egemplar de toda aquella santa familia, la cual presentó la cabeza con una serenidad digna de coronar una vida de sesenta años, empleada en el egercicio de las virtudes mas sublimes, manifestando mas alegría de ver estinguida su casa en la tierra, que si la hubiera visto elevada al trono.

[41. No escitó este castigo el terror que se habia pretendido inspirar á los fieles (1). Se atribuyó su insuficiencia á la naturaleza del suplicio, el cual no pareció bastante riguroso; y poco despues fueron sentenciados tres caballeros cristianos á morir en las llamas con toda su familia. De resultas de esto se vieron algunos apóstatas; pero se convirtieron muy en breve de un modo tan heróico y tan sólido, que su penitencia y perseverancia repararon con ventajas el escándalo de un momento de flaqueza. Tuvo tan poca entrada en el pueblo la consternacion, que esparcida la noticia del suplicio, acudieron á Arima de quince á veinte mil cristianos de aquellos contornos, atraidos con la esperanza del martirio. Al principio se asustó algun tanto el gobierno al ver un tropel tan numeroso; pero habiendo sabido que no habia una arma entre todos los concurrentes, tomó la resolucion de dejarlos quietos. El dia de la egecucion de la sentencia se reunieron con los cristianos de la ciudad, que por lo menos eran tantos como ellos; y adornados todos con guirnaldas, llevando además los forasteros un rosario en la mano, y los de la ciudad velas encendidas, acompañaron en procesion á los mártires hasta el lugar de su sacrificio.

Eran ocho los que habian de morir: Adriano Mondo, con Juana su muger, una hija de veinte años, llamada Magdalena, y un hijo de doce, llamado Santiago; Leon Lujimon, con su muger, que se llamaba Marta, y Leon Caniemon, con un hijo de veintisiete

(1) *Hist. del Jap.* t. 10.

años llamado Pablo. Los cristianos que estaban mas cerca de los presos, les daban la enhorabuena por su felicidad: otros hacian oracion, aspirando á la misma suerte: los mas cantaban las alabanzas del Señor, y resonaba todo aquel lugar con una piadosa armonía que para confusion del infierno trasformaron sus tramas en un triunfo brillante de la Religion. Cuando llegaron al lugar del suplicio, cada uno de los piadosos concurrentes ocupó su lugar con mucha tranquilidad, y los mártires corrieron á toda prisa á abrazarse con los maderos que estaban preparados para atarlos á ellos. Como estos maderos estaban á tres pies de distancia de la leña que los rodeaba, fueron asados los mártires mas bien que quemados, y padecieron mucho tiempo, manifestando todos hasta el último aliento una constancia que pareció superior á las fuerzas de la naturaleza.

Aunque no podemos detenernos en referir por menor todas las cosas singulares que ocurrieron en estos martirios, es indispensable poner á la vista algunas circunstancias tan extraordinarias que no puede haber razon alguna para que las pasemos en silencio. Estando ya muertos ó moribundos la mayor parte de nuestros mártires, y habiéndose roto con el fuego las cuerdas con que estaba atado el jóven Mondo, se vió que este niño echaba á correr por en medio de las llamas. Temieron los fieles que pretendiese escaparse, y no se tranquilizaron hasta que le vieron llegar á su madre, y darla las mejores pruebas de su perseverancia, teniéndola estrechamente abrazada. Pero

¡qué objeto para los ojos de una madre el estado en que volvía á ver á su hijo! Se olvidó de sus propios dolores, no para consolarle, sino para fortificarle en la consumacion de su sacrificio. Ambos á dos murieron casi en un mismo instante.

Magdalena Mondo, hija y hermana de estos mártires, ofreció tambien un espectáculo no menos maravilloso. Era la única que habia quedado en pie, y aunque abrasada por todas partes, parecia inaccesible al dolor. Despues de haber estado mucho tiempo inmóvil, y clavados los ojos en el cielo, se bajó de repente, cogió unos carbones encendidos, é hizo de ellos una corona. Adornada de este modo para recibir al esposo celestial, se puso á celebrar sus alabanzas, y no cesó de cantar hasta el momento en que exhaló con grande tranquilidad su alma pura. Los cristianos recogieron como reliquias preciosas los cuerpos de aquellos mártires, sin que se atreviesen los guardias á oponerse á ello. Se asegura que no solo estaban enteros, sino con tan poco olor como si no hubieran pasado por el fuego.

42. Irritado el Rey de Arima al ver que estos egemplares no inspiraban ningun terror, se abandonó á un loco frenesí, y parece que quiso mas bien no tener vasallos que tenerlos cristianos. Escitaba entonces su encono un traidor llamado Fascengaba, que habiendo sido elevado desde el polvo de la tierra hasta el gobierno de Nangazaqui, aspiraba á destronar al Príncipe á quien fingia servir. Diez mil hombres bien armados recorrieron el reino, divididos en tres cuerpos,

de los cuales mandaba él el principal. Luego que llegaban á una ciudad, establecian su audiencia los reales comisionados en las plazas públicas, á donde se citaba á los cristianos. Se los llamaba por sus nombres, y segun se iban presentando, los cogian con unas tenazas por las narices ó por las orejas, los arrastraban de los cabellos, los echaban en tierra brutalmente, los pisaban, y les daban de palos con tal crueldad que muchos de ellos quedaban allí como muertos. Pero no hubo ninguno que desmayase, antes bien parecia que eran enteramente insensibles á los tormentos que se les hacia padecer; y los que estaban esperando que se los llamase para ser tratados del mismo modo, cantaban cánticos de alegría y alabanzas del verdadero Dios. Esta firmeza inspiró á los jueces un despecho tan furioso, que inventaron los tormentos mas inauditos para conmovier por lo menos á algunos de los circunstantes, ya que habian perdido la esperanza de reducir al pueblo. El que les pareció mas á propósito para sus fines, fue hacer que les machacasen las piernas entre dos vigas herizadas de puntas de hierro. Como por esto no dejaban de permanecer constantes, y se vió que era imposible acabar con todos, se eligieron algunos de los principales, cuyos cuerpos fueron bastantemente despedazados, para que sirviesen de escarmiento, ó por mejor decir, para consolar á los tiranos en la humillacion que acababan de sufrir.

43. En el puerto de Cochinotzu, donde el desapiadado Fascengaba mandaba los batallones de los

verdugos, se presentaron sesenta cristianos en el lugar del suplicio, sin esperar á que se los citase. Era tan grande el temor que tenian de perder la corona del martirio, que habian hecho provision de cuerdas, pareciéndoles que tal vez no tendrian bastantes los verdugos. En otro lugar, donde habian de ser quemados los fieles á fuego lento, hubo una infinidad de ellos que, por decirlo así, hambrientos del martirio, se presentaron con grandes cuerdas y maderos, y pretendieron que se tuviese esto en consideracion para darles la preferencia. Contra los mártires de Cochinotzu, que son particularmente notables, se procedió de este modo. Se los mandaba comparecer de cinco en cinco, se les ataban los brazos á la espalda, y en este estado se los derribaba con tal violencia, que á muchos de ellos se les rompieron los brazos y las piernas, algunos quedaron mortalmente heridos, y casi todos arrojaron sangre por los ojos, narices y oidos. Despues de dejarlos quietos por algunos momentos para que se recobrasen, les ataban las manos, los brazos y el cuello, los picaban con hierros puntiagudos en las partes mas sensibles del cuerpo, volvian á echarlos en tierra, y les pisaban la cara. A pesar de un tratamiento tan inhumano, no se les oyó prorumpir en la menor queja, antes bien besaban afectuosamente los pies de aquellos monstruos de crueldad.

Reducidos ya á una debilidad estremada, les instaron á que abandonasen á un Dios, que, segun les decian ellos, era el primero que los habia abandonado.

Las fuerzas del cuerpo estaban en efecto aniquiladas; pero las señales de execración que dieron al oír estas blasfemias, manifestaron muy bien que ni su alma ni su esfuerzo habían perdido nada de su vigor. Entonces los pusieron boca abajo, les echaron encima unas piedras tan pesadas que apenas podían levantarlas tres ó cuatro hombres, y después, valiéndose de una polea, los subieron con cuerdas que sujetándoles los pies y las manos, los doblaban hácia atrás y les rompían todo el cuerpo en un momento. Desatándolos luego, les quebraron las piernas, como se había hecho ya en otra parte, entre unas vigas herizadas de puntas de hierro; les cortaron sucesivamente los dedos de los pies, y por último les imprimieron en la frente la señal de la cruz con un hierro hecho áscua. Al paso que los iban marcando, les preguntaban si perseveraban en la fe; y como respondiesen todos afirmativamente con grande alegría, los verdugos enfurecidos les sacudían en la boca con guijarros, y les hacían saltar los dientes, ó les sacaban los ojos con unos hierros largos y puntiagudos. Murieron veintidos en el lugar del suplicio. Los demás, á quienes se pretendía privar del martirio, como del mas dulce objeto de sus deseos, fueron llevados á sus casas, donde es creíble que no tardasen mucho en morir.

44. En otros parages (porque las barbaridades de Cochinotzu se egercian igualmente en Arima, en Olama, en Jimbara y en todas las partes por donde pasaban los diez mil guerreros ó verdugos) cortaban á los mártires los jarretes y los dedos de los pies,

después de lo cual los obligaban á subir por unas escaleras muy escabrosas, preparadas de intento; y como á cada paso caían en tierra, los hacían levantar á palos, hasta que espiraban con este género de tormento. A pesar de un rigor tan espantoso, se presentó voluntariamente á dar razon de su fe un jóven distinguido: y por mas que los soldados le arrojaron de allí varias veces, se colocó entre los fieles que eran atormentados con crueldad. Otro suplicó á los verdugos que le hiciesen padecer cuantos tormentos pudiesen imaginar. En solo el reino de Arima fue prodigioso el número de los mártires, como es fácil de inferir. Júzguese, pues, cuál seria en tantos otros reinos, cuyos Soberanos disolutos miraban al cristianismo con un ódio igual á la corrupcion de sus costumbres. ¿Pero qué destrozo no habria en todo el imperio después que el regente consumó su usurpacion, cuyas dificultades suspendieron por algun tiempo la egecucion de su edicto, y sobre todo cuando dejó el imperio tranquilo á su hijo Xogun-Sama, menos circunspecto y mas perverso que su padre?

No insistiremos en el valor y en el ardor increíble que manifestaron los fieles de ambos sexos, y aun los niños de mas tierna edad, cuando vieron que se iba disponiendo todo para una matanza general. Tampoco diremos que las señoras mas distinguidas se esmeraban en presentarse en público con todas las señales exteriores de la verdadera Religion, y se reunían en gran número en las casas mas frecuentadas; que las doncellas hacían voto de virginidad para

conseguir del Cordero immaculado el favor de ser sus mártires, así como eran sus esposas; que los niños iban corriendo á presentarse á los guardias, despues de haberse puesto al cuello rosarios ó imágenes santas; que las niñas de siete á ocho años, advirtiendo en sus padres alguna inquietud con respecto á ellas, prometian que harian instancias á los verdugos para que las matasen antes; y que para tranquilizar los niños á sus padres, echaban mano á los pedazos de hierro encendido, en prueba de que estaban resueltos á dejarse quemar vivos. Remitimos á los lectores á la historia particular de estos héroes de la Religion, donde son tan frecuentes estos rasgos extraordinarios de valor, que los holandeses se han empeñado en que no debian causar admiracion, atribuyendo esta firmeza de alma al carácter nacional de los japoneses. ¡Efugio miserable de unos sectarios envidiosos de los triunfos de la comunión católica! Como si los japones no fuesen hombres, ó hubiesen podido hacerse superiores á la naturaleza humana sin los auxilios sobrenaturales que habian recibido en el seno de la Iglesia católica.

45. Pero no podemos menos de insertar aquí, á lo menos en la parte mas sustancial, la carta de uno de aquellos confesores, en la que se echa de ver tanta semejanza con los monumentos de la mas venerable antigüedad, que no es fácil dejar de conocer que el espíritu de la verdadera Iglesia es el mismo en todas las edades y en todos los climas. Queriendo Cubosama quitar á la iglesia del Japón sus mas firmes

apoyos, mandó que desde el centro del imperio se trasladasen á las montañas incultas del norte setenta y tres familias de las mas ilustres, hombres, mugeres y niños: y al mismo tiempo desterró de todo el Japón á los Príncipes y grandes que tenian mas reputacion de talento y valor. Se concedió á las mugeres la libertad de quedarse en sus casas; pero no hubo ni una sola que quisiese aprovecharse de ella, y marcharon todas con sus maridos ó con sus padres. Del número de estos desterrados eran, entre otros, el antiguo generalísimo Ucondono, del cual hemos hablado ya; como del hombre de mas talento que habia en todo el imperio, y de la mas firme columna de la religion, con el Rey de Tomba y el Príncipe Tomás, su hijo, que tendria unos treinta años. Este fue el apóstol, el héroe y el confesor que escribió á los fieles de Cumamoto, en el estilo de los Policarpus y de los Ignacios mártires.

He sabido con mucho dolor, queridos hermanos míos (les decia), que la persecucion ha hecho algunos apóstatas; pero me llena de consuelo la consideracion de que es infinitamente mayor el número de los que han permanecido constantes en la fe. ¡Oh! ¡cuánto gozo tendria yo en hallarme al lado de esos presos envidiables, si tienen la felicidad de morir mártires! Besaria la sangre que derramasen por Jesucristo, y les suplicaria que pidiesen para mí la misma gracia á este divino Salvador. Esta es la súplica que os hago á todos vosotros, queridos hermanos míos, y doy el parabien á esos generosos confesores

de haberlo abandonado todo por conservar la fe. Me admiran, pero no me sorprenden. ¿Cómo puede haber hombres tan insensatos que no prefieran el oro al lodo, y que comparen las miserables riquezas de la tierra á los bienes eternos? ¡Oh! ¡qué gran favor se nos hace despojándonos de las cosas viles que algun dia hemos de dejar por fuerza, y que son el mayor obstáculo para nuestra eterna felicidad! A mí que soy el mas cobarde de todos, no me corresponde daros consejos; pero os suplico, como á mis amados hermanos, que despreciéis todo lo que es perecedero. Pensad que estamos en el tiempo de la prueba. De una piedra tosca se hace con el cincel la basa y el capitel de una columna: por medio del fuego y del martillo se da al hierro la forma que conviene al plan del arquitecto; y de la misma manera por medio del fuego de las tribulaciones acrisola y purifica Jesucristo á los que quiere que entren en la construcción espiritual de su Iglesia. Mostrémonos dignos, queridos hermanos míos, de ser de este número. No hubiera permitido el Señor que se nos acometiese si no estuviese determinado á coronarnos. No es posible padecer mas asaltos que los que yo he sufrido hasta ahora: y el cielo ha sostenido tan poderosamente mi flaqueza que empiezan ya á dejarme quieto, desconfiando de vencerme. Pero no basta haber salido victorioso de un gran número de combates. Solo se da el galardón al que persevera hasta el fin. No os canséis, pues, de pedir para vosotros y para mí esta inestimable perseverancia.”

46. No tuvo Cubosama entera libertad para ejercer por sí mismo su furor contra los cristianos, sino por espacio de un mes, esto es, desde la horrible batalla en que, segun dicen, perecieron cien mil hombres, y que derribó para siempre el partido del Emperador legítimo (1). Despues de haber gozado tan corto tiempo su usurpacion parricida, murió en el año 1616, y entonces subió al trono imperial su hijo Xogun-Sama. Sin tener este nuevo Emperador la destreza y pericia de su padre, estaba abundantemente provisto de las cualidades que constituyen á los tiranos y á los perseguidores. Conservó la corona, y la trasmitió á su posteridad, la cual la posee todavía, únicamente porque se habia estinguido toda la línea imperial, y no encontró ningun competidor. Por el concurso de las circunstancias se vió desde luego tan seguro en el trono como si le hubiese sido trasmitido por una larga série de antepasados.

47. Era un Príncipe de carácter feróz, de limitados alcances; y habiendo recibido una educación extravagante en un convento de bonzos, sacó de allí una adhesión obstinada á todos los delirios de la superstición y del fanatismo. Dicen que lo que le dió motivo para declararse contra el cristianismo, fue el celo precipitado de algunos misioneros, que salieron de repente de los parages en que estaban ocultos, y se mostraron en público con hábitos religiosos. Pero no es necesario buscar otra causa de aquella espantosa persecución que el carácter de este tirano.

(1) *Hist. del Jap. l. 11.*

48. Mandó desde luego prender á todos los clérigos y frailes que habia en el Japón, y esto con unas penas tan terribles, que los muchos grandes y Príncipes idólatras que reverenciaban la religion cristiana, y estimaban á los cristianos, obedecieron, aunque con ciertos miramientos, por no perecer ellos mismos. Los demás prendieron indistintamente á todos los fieles que pudieron descubrir, ya fuesen eclesiásticos ó legos. No fue difícil asegurar á unos religiosos que no se ocultaban, antes bien aspiraban al martirio. El padre Navarrete, dominico, y el padre Josef fueron presos en la mision de Omura, donde los seguia una multitud de cristianos, y los llevaron de noche á una isla, en donde les cortaron la cabeza. Otro religioso de Santo Domingo, y el superior de los frailes de San Francisco padecieron el mismo género de muerte en la ciudad de Arima, á donde habian pasado para encontrar allí mas fácilmente el martirio, y tuvieron por compañeros de su triunfo quince ó diez y seis cristianos de Nangazaqui, que se habian jactado públicamente de haber recibido y hospedado en su casa varios misioneros. El padre Machado, jesuita, y el padre N. de la Ascension, franciscano, fueron llevados á las cárceles de Omura, y decapitados algunos dias despues en la plaza pública. Pero estos no eran mas que los ensayos de la tiranía de Xogun-Sama, horrible en sí misma, aunque segun los discípulos de Lutero y Calvino no se ensangrentaba todavía bastante contra los católicos, y con especialidad contra los sacerdotes romanos.

49. Un corsario holandés, ó segun otros inglés, partidario de la falsa reforma, se apoderó en las costas de Firando del navío de un cristiano Japón en que habia dos religiosos españoles, á saber, un padre agustino, llamado Pedro de Zúñiga, y un padre dominico, llamado Luis Florez. ¿De qué no es capaz en unos sórdidos mercaderes el espíritu de secta, junto con el amor de la ganancia y la rivalidad de comercio? Para congraciarse con Xogun-Sama aquellos celosos sectarios, y suplantar á los negociantes españoles, delataron á los dos religiosos castellanos, diciendo que iban á predicar al Japón y á maquinare contra el Emperador. Toda la tripulacion quedó presa en el mismo instante, y averiguada la profesion de aquellos religiosos, fueron quemados vivos con el capitan que los habia conducido. A los demás, que eran en todo doce personas, se les cortó la cabeza.

Este suceso volvió á dar un grado terrible de actividad á la persecucion, y produjo innumerables suplicios. Algunos fieles, aconsejados por el padre Collado, dominico, habian hecho varias diligencias para facilitar la evasion de su compañero el padre Florez, que hacia causa comun con el padre Zúñiga. Pero se habia persuadido al Emperador que el tal padre Zúñiga, hombre ilustre é hijo de un antiguo virey de Méjico, era hijo natural del Rey de España, y que habia ido á ser caudillo de los cristianos del Japón para apoderarse de aquel imperio. Irritado con esto Xogun-Sama, reprende con aspereza á sus ministros por la negligencia con que se portaban, envia á los